

## LA TRANSFERENCIA: FREUD, FERENCZI Y FROMM\*

Jorge Silva García.

*Trabajo Presentado en el Encuentro Internacional sobre la obra de Sandor Ferenczi Universidad Internacional Menéndez Pelayo Santander, España, 21 de julio de 1983.*

Al estudiar a Freud, Ferenczi y Fromm, con énfasis en el problema de la transferencia, dudé entre escribir un artículo lleno de citas bibliográficas de cada uno de estos grandes pensadores, o bien relatar las experiencias vivas y vividas de ir descubriendo el sentido íntimo del tema que nos ocupa.

Freud (1910; 1914; 1925) comprendió de modo paulatino, que Ana O. había transferido un sentimiento erótico, al Profesor Breuer (1893), su médico tratante: ternura manifiesta e inesperada que Breuer, careciendo de elementos para comprender tal despliegue amoroso, aunque discreto, no se lo pudo explicar a sí mismo, ni a su paciente. Ante tal situación, sólo le quedó suspender el tratamiento y alejarse.

Freud (1905 (1901) p. 116) publica por vez primera el término “transferencia” en *El análisis del Caso de Dora* y lo define como la expresión de un deseo sexual infantil inconsciente, dirigido originalmente al progenitor del sexo opuesto y ahora expresado, sin querer, hacia el terapeuta. Entiende, de modo importante, que nada tiene que ver el terapeuta como originador del sentimiento manifiesto de su paciente. Comprende, que la situación privilegiada del psicoanálisis facilita el que emerjan deseos inconscientes, reprimidos y en consecuencia, no conscientes para el analizado. Con su acostumbrada genialidad, entiende también, que el paciente debe llegar a ser consciente de lo que inconscientemente ha manifestado. Ahí se inicia lo que se designó como “la interpretación y el manejo de la transferencia”, elementos indispensables, entre otros, para que una terapia sea considerada como un psicoanálisis.

Hasta ahí todo parecía simple y claro: se precisa que es en el devenir de un psicoanálisis, y sólo ahí, donde emerge el fenómeno de la transferencia, siempre inconsciente para el paciente y su naturaleza es siempre un deseo sexual infantil.

Con el tiempo llega a percibir Freud (Macalpine: 1950), que hay transferencias positivas y negativas, maternas y paternas. Una y otra vez intenta comprender el proceso psicodinámico del fenómeno de la transferencia. Pensó en varias explicaciones de tal proceso psicodinámico: que se deriva de la sugestión; una fantasía sexual; un afecto desplazado; emerge del superego; es una introyección; corresponde a la repetición compulsiva; deriva de la proyección o de la identificación... todo lo cual resultaba confuso, pero, repito, tres hechos siempre sobresalían; la naturaleza espontánea del emerger de la transferencia como parte de la neurosis misma del paciente; por otro lado, tal proceso inconsciente es dirigido al terapeuta y, por último, siempre representaba alguna pulsión sexual infantil inconsciente.

Los términos utilizados por Freud y sus discípulos, para designar el fenómeno de transferencia, sufren de complicaciones semánticas al ser designados indistintamente como “la transferencia”, “una transferencia”, “transferencias”, “estado transferencia”, “rapport analítico”, a lo cual por último se agregó un nuevo concepto: “neurosis de transferencia” para designar la regresión infantil que puede acontecer durante el psicoanálisis.

Nuestra confusión como estudiantes se veía aumentada por las definiciones diversas de varios autores y profesores de seminarios... a esta complicación se agregaba la paulatina toma de conciencia de que la transferencia era observable en situaciones extra- analíticas cotidianas, hecho que algunos analistas

aceptaban plenamente (por ejemplo Ferenczi citado por de Forest, 1954, p. 16) y otros rechazaban.

Además se hablaba del “manejo de la transferencia”, de la necesidad de “propiciar la transferencia positiva” y del requerimiento de “interpretar la transferencia” con oportunidad y claridad, para evitar el fortalecer las resistencias o dar al traste con el psicoanálisis.

¿Cómo llevar a cabo todo esto frente a lo indefinido del término transferencia? Definirlo intelectualmente resultaba a todas luces imposible. La lectura de obras diversas, sólo nos precisaba, como ya se dijo, que se trataba de una manifestación inconsciente para el paciente, sin relación con la realidad del analista; que sólo se hacía patente en el contexto del psicoanálisis y según Silverberg (1948), la transferencia siempre se acompañaba de una sensación de desagrado por parte del analizado. Resultaba la transferencia una Espada de Damocles pendiente sobre nuestras cabezas... espada por demás invisible, puesto que cada uno de nosotros la identificaba a su modo y la experimentaba como quería y podía, pero siempre viviéndola como una amenaza dispuesta a demostrar nuestra incapacidad como terapeutas y el fracaso de nuestra formulación. Agregado a todo ello, nos sentíamos desarmados ante las críticas acerbas al psicoanálisis y a nosotros como psicoanalistas en ciernes, por lo pobre y lo confuso de nuestra terminología.

Pese a todo, hacía sentido el concepto de transferencia y resultaba congruente, aunque para nosotros los neófitos nos resultase incomprensible; parecíamos a punto de comprenderlo... y nos eludía. Era a todas luces claro que la transferencia había que experimentarla, que vivirla para aprehenderla... Nos desafiaba en aquel entonces (1946-48) el captarla intelectualmente. En 1951, con el Dr. Erich Fromm, comencé a vivir mi transferencia. Paso a paso pude formular y comunicar intelectualmente lo que había aprendido y captado.

Otro hecho me quedó claro: la transferencia la vive el analista de modo diferente, de acuerdo con la teoría psicodinámica del desarrollo humano que sostenga: Freud, en un principio, valoró la seducción sexual de los niños a manos de adultos o de otros niños ya sexualizados por experiencias previas. Descartó esta tesis, más adelante, cuando captó su propio Edipo al analizar uno de sus sueños. Su idea de la sexualidad infantil se fortificó cuando vio en sus conflictos con Charcot, Fliess y con otros, la repetición de su rivalidad con uno de los hijos de su medio hermano, niño un poco mayor que él. Freud llegó a pensar que había, en su inconsciente, algún componente de homosexualidad latente... todo ello congruente con los conocimientos de su época. Resulta consecuente, que al descartar la teoría del origen traumático de las neurosis, lo que vio en la transferencia de sus pacientes, resultante de la solución inadecuada de su Complejo de Edipo, era el deseo sexual al padre del sexo opuesto, el repudio y el rencor al padre del mismo sexo; el temor a la castración; la envidia del pene y los resentimientos y demás conflictos que ocultaban deseos sexuales inconfesables para el enfermo.

El tratamiento exitoso debía, mediante el análisis de la transferencia, resolver el Complejo de Edipo existente y llevar al sujeto a un proceso de sublimación que le permitiese encontrar su pareja ad hoc. En el caso de la mujer, siempre quedaría algún resentimiento hacia su madre por haberla concebido castrada (Deutsch: 1944) sin un pene propio y teniendo que conformarse con dar a luz a un hijo varón... único pene que podría simbolizar como suyo.

Como toda rama de conocimiento que se inicia, las hipótesis, las tesis y la teoría resultante en que se sustenta el psicoanálisis, al igual que la terminología que utiliza, adolece de deficiencias y errores, puede incluso parecer “prendida con alfileres”, pero el psicoanálisis perdura porque plantea un núcleo racional, pleno de sentido. No le faltaban razones a Freud, quien al confrontar a sus detractores, les indicaba que cambiarían su crítica si viviesen, en carne propia, la experiencia analítica. De hecho, Freud se percató de esta necesidad desde el principio y de ahí se derivó, que cada candidato a esta especialidad, debe participar en un psicoanálisis didáctico y terapéutico propio, con un maestro calificado, experimentado y convencido. Inútil extenderse en las consecuencias de ser discípulo de quien no está convencido de lo que enseña, cualesquiera que sea la rama académica o científica que aparente profesar. Algunos seguidores de Freud (Klein: 1976), buscan la coherencia explicativa y la precisión semántica de los términos psicoanalíticos, puesto que se ha seguido progresando en el conocimiento de los procesos psicodinámicos del ser humano y se cuenta con una experiencia cada vez mayor.

Para Fromm (1941; 1947; 1962) el carácter del individuo sustituye al instinto animal. El carácter personal imprime su sello de respuesta individualizada, puesto que cada uno de nosotros se va formando en el

seno de la familia, donde se aprenden, de manera importante, los modelos, las normas y los principios de socialización con nuestros semejantes y con otros seres vivos (animales y plantas) y se aprende el uso o el repudio peculiar de los objetos. Fromm enfatiza además, el influjo decisivo de los modos de producción sobre la caracterología social, sobre el grupo o subgrupo socioeconómico a que pertenece la familia, sobre ésta y sobre las personas quienes la constituyen. A su vez, Fromm precisa que el individuo influye sobre su familia y sobre su subgrupo o grupo socioeconómico. La interacción es continua y constante y baste como ejemplo el propio Freud, quien llegó a cambiar actitudes sociales hacia el sexo y los hábitos sexuales prevalecientes, al igual que imprimió su huella indeleble en las artes y en otras muchas ramas del saber humano. Alabado o repudiado, el nombre de Sigmund Freud es conocido en todo el mundo y su obra seguirá siendo objeto de estudio y controversia, por generaciones presentes y futuras.

Fromm enseñó cómo la transferencia es la manifestación, en las relaciones interpersonales, de la enajenación individual enraizada en las orientaciones negativas, irracionales, del carácter individual; orientaciones que se fueron formando desde la más tierna infancia; enseñó cómo esta manifestación puede ser flagrante o sutil, abierta o encubierta, pero siempre inconsciente para el sujeto. Desde la cuna se nos va formando y nos vamos formando un marco de referencia que modula nuestra socialización con los demás, sean figuras con autoridad, nuestros iguales o aquéllos que hayamos aprendido y aceptado conceptualizar como inferiores; todo éste marco de referencia encuadra nuestras mistificaciones más diversas que, en tanto nuestras, las consideramos “normales“, hasta ser capaces de aprender nuevos modelos y modales de socialización. El proceso de desmitificación y de des-represión es lento y pleno de vicisitudes, no es un proceso fácil ni carente de esfuerzo. Este marco de referencia mistificado, enajenado y enajenante, lo cedemos con dificultad y temor, porque constituye todo un sistema psicológico defensivo para salvaguardar nuestro yo propio (self) de todo aquello que nos amenazó, con amenazas veladas o directas, con desamor o indiferencia, con todos aquellos errores del ambiente no facilitante (Winnicott: 1965) que la mayoría encontramos al nacer.

En el devenir del psicoanálisis al ir des-reprimiendo, vamos aprendiendo a objetivar, a desmitificar a todos aquéllos quienes integran nuestra situación familiar (Laing: 1969), sobretodo a nuestros padres y otras personas destacadas y significativas, al igual que vamos objetivando, de modo crítico, nuestro propio proceder. La valoración cada vez más racional de nuestro analista, de los seres de nuestro entorno y de nosotros mismos (lo cual constituye una parte importante del análisis de la transferencia), va sufriendo cambios cada vez más significativos: los odiamos, recelamos, desconfiamos, tememos al mismo tiempo que, a veces, los necesitamos, los idolatramos, amamos, deseamos ad infinitum; hasta que el analista conquista nuestra confianza plena y podemos ser críticos cándidos; podemos ser sinceros, abiertos, llanos en nuestros sentimientos y pensamiento, porque nos ha convencido que es un modelo de persona muy diferente a lo conocido aunque, desde luego, no es perfecta.

Transferimos toda una gama de sentimientos y actitudes irracionales, visibles en como hablamos, caminamos, en toda aquella comunicación no verbal que nos es propia. Lo transferido poco o nada tiene que ver con la realidad; transferimos los prejuicios estructurados en toda una vida enajenante. Vemos todo a través de nuestro narcisismo, reducto defensivo de nuestro yo propio (self) atemorizado, herido y muy dolido por las propias circunstancias enajenantes de nuestros progenitores, que ninguna o poca culpa tienen de ser como a su vez fueron formados y programados. Su narcisismo, al igual que el nuestro, les hace creer que su proceder y su hacer no sólo es “normal“, sino hasta loable.

Merced al análisis de nuestra transferencia, llegamos a comprender si bien nunca a justificar, que han sido y son víctimas de su pasado como lo hemos sido nosotros. En la inmensa mayoría de los casos, no han procedido con dolo, ni con premeditación, ni alevosía, ni ventaja (salvo aquellos casos exigüos, bien documentados en los archivos de criminología y otros, puesto que la malevolencia existe); lo usual, es que nuestros padres fueron inconscientes de sus errores y les azora en extremo, el atisbo a las consecuencias desafortunadas de éstos en nuestro acontecer, cuando no niegan y rechazan indignados o dolidos nuestras críticas. Transferimos toda una forma peculiar de ser, de sentir, de pensar; transferimos prejuicios y vicios mistificados en nuestro esquema de socialización, como también transferimos todo aquello perjudicado y mistificado en nuestra relación con los objetos como por ejemplo el repudio a libros, a la música, etc., etc y lo transferimos porque nuestra caracterología vigente impone toda una

forma de ser, que no podemos cambiar hasta que, como ya se dijo, no ocurran modificaciones en la orientación de nuestro carácter, por el desarrollo de procesos de desmistificación y de crítica objetivantes. Sin la ruptura de nuestro marco de referencia previo, no existe posibilidad alguna de construir un nuevo marco de referencia que obliga a cambios creativos y productivos en la orientación de nuestro carácter. Lo que refuerza la ruptura del marco previo, es el análisis de la transferencia. No se trata, de modo alguno, que la transferencia sólo se manifieste en el psicoanálisis; de lo que se trata es que en las sesiones psicoanalíticas es donde su manifestación resulta obvia, puesto que el terapeuta debe ser una entidad conocida para sí mismo y puede objetivar con mayor claridad, lo que hay de racional o de irracional en la imagen que de él tiene el analizado. Es obvio que el terapeuta no debe escudarse en “la hipocresía profesional” (tomando una frase afortunada de Ferenczi (1933)) y en todo momento debe tomar en serio, la crítica de su paciente; debe, en consecuencia, pesar toda crítica y dar la razón cuando haya lugar. El analista, en tanto ser humano, no es infalible, ni carente de defectos ni errores.

Es por ello que para Fromm, el analista, debe velar por ser su mejor instrumento de trabajo... Solía decir. “Al igual que el buen estado de su escalpelo, es de importancia vital para el cirujano, el escalpelo del analista, su ser, debe estar siempre limpio, brillante y afilado”. Además, no siendo perfectos, pero sí perfectibles, cada sesión de terapia nos brinda una oportunidad para continuar contratransfiriendo nuestros errores y analizarlos, en la relación llana, interesada, franca, participante y objetiva con nuestros pacientes y analizados. En todo momento estamos obligados a ser una autoridad racional y razonable.

Donde se logra objetivar la transferencia, de manera inconfundible, es en los sueños, tanto en su aspecto manifiesto como en su contenido latente. Desde el primer momento, el sueño manifiesto ya nos da un atisbo valedero al presentarnos cómo sueña el paciente a las personas de nuestro sexo si con amistad, afecto y confianza o con diatriba, burla, agresión y hasta muerte; o bien, ni siquiera sueña a seres de nuestro sexo. La ventaja del atisbo que ofrece el sueño manifiesto, es por ocurrir fuera del control del soñante y porque representa un aspecto auto-crítico de lo que está por resolverse o que puede y conviene que sea trascendido. Si bien es cierto que la relación, en vigilia, de nuestro soñante con nosotros puede ser cordial, comedida y hasta cariñosa, sus sueños nos indican hasta qué grado existen aún problemas transferenciales a resolver y la naturaleza de estos problemas. Los límites naturales de este trabajo, nos impiden extenderlo con ejemplos. Por la misma razón, no me extiendo en hablar de la contratransferencia. Lo único que debe recalcarse, es que las sesiones de psicoanálisis conviene que transcurran en un ámbito espontáneo y natural, aunque de por sí, son tensionantes, angustiógenas. Debemos recordar que crecemos y maduramos con angustia y con miedo, y que todo ello requiere paciencia y un esfuerzo constante por parte de los componentes de la díada psicoanalítica; todo lo cual resulta congruente si recordamos que el proceso analítico es parte de la mayéutica del ser.

No se puede dejar de señalar la importancia del análisis directo e indirecto de la transferencia y si bien hemos intentado describirla con palabras, sólo la experiencia misma del psicoanálisis puede comunicar la comprensión de los aspectos más sutiles y más importantes de dicha transferencia; además, en tanto no se establezca una relación confiada y racional con el terapeuta, el sujeto no puede enfrentar sus temores más recónditos; ello se puede ejemplificar diciendo que para que bajemos al “Noveno Círculo del Infierno”, al igual que el Dante, requerimos de fe en nuestra propia integridad y confianza en nuestro guía, ese Virgilio quien ya conoce el camino.

Sandor Ferenczi (1873-1933) fue un amigo fiel y dedicado a Freud; siempre comprometido hacia su amigo nunca rompió con éste, pese a las críticas injustificadas de su maestro y amigo. Pero Ferenczi no fue sumiso a Freud y reabrió antiguos caminos que éste último había cerrado y abrió otros consecuentes con su talante de hombre amoroso, humano, pleno de ternura y feliz en su hogar. Llegó a ser considerado “El analista de los casos perdidos” (De Forest op. cit.) porque fue infatigable en sus esfuerzos por comprender y curar a quienes lo consultaban. Uno de sus trabajos, muy hermoso y estimulante, publicado en el año en que murió (Ferenczi; 1933), y que presentó el año anterior, ante la Sociedad Vienesa de Psicoanálisis, en ocasión del 75 aniversario del natalicio de Freud, se intitula: “La confusión de las lenguas, entre adultos y niños”; resulta todo un cántico a cuán humana puede ser la relación médico paciente en psicoanálisis. En este trabajo relata sus esfuerzos para dejarse abierto a la crítica de sus pacientes, sin importarle que tal crítica pudiese ser cáustica, mordaz, insolente o acompañada de vituperios groseros. Consideró que el analista es sólo un hombre más, quien no debe escudarse tras de mantos falsos de una autoridad hipócrita,

sino que debía ser un modelo de tolerancia, comprensión, interés y amor... sobre todo esto último. En este mismo trabajo señala que el psicoanálisis debe retomar el origen traumático de las neurosis y dar un alto valor a la seducción sexual de los niños a manos de adultos a cuyos cuidados están (padres, institutrices, ayos, maestras, servidumbre, parientes...) o de niños sexualizados ya, por experiencias previas. Da pruebas clínicas de sus observaciones y si bien no anula explícitamente la universalidad del Complejo de Edipo sostenido por Freud, sí anula tal universalidad por implicación. Además señala algo que Fromm considera de importancia capital: los niños no tienen espontáneamente inquietudes sexuales, su inquieta curiosidad y las indagaciones resultantes, tienen, por naturaleza un sentido lúdico y de búsqueda de ternura. Con toda atinencia Ferenczi llama a ésta la "Edad de la Ternura". Son las actitudes prevalecientes en el ambiente, las que envisten de culpa el juego inocente, o son los adultos quienes utilizan esta natural ternura para sus propios fines equívocos. Nos señala Ferenczi, el azoro paralizante que afecta al niño, cuando su ternura se ve atropellada por la inquietud sexual del adulto y cómo el niño se somete a su agresor, acuñando así una frase: "sumisión al agresor" que tomó carta de vigencia a partir de la II Guerra Mundial. Apunta Ferenczi la deformación brutal que sufre el carácter del niño sometido y cómo el niño tiene que asumir que él es el malo, para poder así defender su integridad como ser de la amenaza terrible de reconocer que el adulto lo ha utilizado para sus propios fines, sin miramiento alguno, y sin que le importen las consecuencias probables para su víctima.

Ferenczi fue aún más lejos y en el trabajo a que hemos hecho referencia, indica el papel tan significativo de la madre y del amor materno. Al contrario de Freud, él vio cómo los padres, por descuido o por rechazo, pueden propiciar la neurosis futura de sus hijos.

Desde el punto de vista del tema de la transferencia, lo antes señalado indica con claridad que Ferenczi amplió, por implicación, la concepción que este fenómeno tuvo para Freud. Si Ferenczi se hubiese quedado con la acepción de Freud, nunca hubiese comprendido el valor del trauma sexual en la infancia; él hubiese creído, al igual que Freud, que se trataba de una autojustificación, que servía para esconder la inquietud sexual propia del niño, inquietud sexual pertinente al Complejo de Edipo. Freud pensaba que se transfería el temor de castración disfrazado. Además, Freud pensaba que el fenómeno de la transferencia se limitaba al acontecer de la infancia, en tanto Ferenczi, implicó la persistencia de dicho proceso en la edad adulta, desde la infancia y Fromm reafirma esto, al señalar que estamos presos de la orientación improductiva o enajenada de nuestro carácter, hasta poder ser ampliamente conscientes de tal orientación y poder así modificarla a orientaciones productivas y creativas.

Es indudable que Ferenczi vivió en la transferencia de sus pacientes, la "sumisión al agresor", y pudo guiarlos a ir tomando conciencia de la parálisis que los atenazaba, la desconfianza, la ira intensa sentida ante el atraco y el descuido claro de los padres, y finalmente, el miedo que originó la sumisión. Ferenczi vivió, en la transferencia de sus pacientes, el anhelo de ternura, de comprensión y protección que deseaban desde niños y facilitó lo que hoy llamamos la "regresión reconstructiva" que permite optar por un camino nuestro, propio, no sumiso ni defensivo. Ferenczi vivió con sus pacientes toda la profunda necesidad del amor maternal y paternal inexistentes.

Se puede pensar que Sandor Ferenczi no siguió el camino de Adler, Rank y Jung y rompió con Freud, por miedo. Yo creo, al igual que Izette de Forest, que no rompió abierta ni encubiertamente con Freud por varias razones: Su lealtad y amistad con Freud fue por completo comprometida e inamovible. Su tolerancia a la crítica de sus pacientes, crítica que integraba y cuya integración le permitía superarse, lo llevaron a una dinámica semejante frente a las críticas de Freud.

Adler, Rank y Jung no sólo rompieron con Freud, sino además desecharon y repudiaron tesis muy importantes de la teoría freudiana; en tanto que Ferenczi superó aquellos aspectos teóricos que no le hicieron sentido, al buscar comprender y ayudar a sus pacientes. La práctica clínica fue apasionante para Ferenczi y cuando la teoría existente no cumplía con su papel de explicar los fenómenos observados, la trascendía sin dejar los aspectos teóricos válidos. No puedo dejar de insistir en el análisis de la transferencia como fenómeno crucial en el psicoanálisis; ni puedo dejar de agregar, que conviene leer a estos tres grandes pensadores de este campo y que el remate debe ser, la experiencia propia de vivir y analizar nuestra transferencia.

## BIBLIOGRAFÍA

- BREUER, Josef (1893): Case histories. Case 1. Fräulein Anna O. The Standard Edition of the Complete Psychological Works of Sigmund Freud. Vol. II. pp. 2147. The Hogarth Press. London 1955.
- BREUER, J. & FREUD, S. (1893): Preliminary communication. The Standard Edition Vol. II pp. 817. The Hogarth Press. London 1955.
- BUNKER, Henry A. (1944): Psychotherapy and psychoanalysis en *Psychoanalysis Today*, editado por Sandor Lorand. Intemational Universities Press Inc. N.Y.
- DE FOREST, Izette (1954): *The leaven of /ove*. Harper and Brothers, N.Y. DEUTSH, Helen (1944): *The psychology of women*. Two Volumes. Grune and Stratton. N.Y. FENICHEL, Otto (1957): *Teoría psicoanalítica de las neurosis*. Editorial Paidós. Buenos Aires 1966.
- FERENCZI, Sandor (1909): Introyection and transference. En *Sex in Psychoanalysis*. Basic Books Inc. N.Y. 1950. pp. 3593.
- (1911): On obscene words. *Ibid.* pp. 132153.
- (1912): Suggestion and psychoanalysis en *The Theory and Technique of Psychoanalysis*. The Hogarth Press Ltd. London Third Edition 1951 pp. 5567.
- (1919): On the technique of psychoanalysis. *Ibid.* pp. 177189.
- (1919): Technical difficulties in the analysis of a case of hysteria. *Ibid* pp. 189198.
- (1919): *Comelia, the mother of the Gracchi*. *Ibid* pp. 318322.
- (1920): The further development of an active therapy in psychoanalysis. *Ibid.* pp. 198217.
- (1925): Psychoanalysis and sexual habits. *Ibid.* pp. 259297.
- (1933): Confusion of tongues between adults and the child en *The Problems and Methods of Psychoanalysis*. Basic Books Inc. Publishers. N.Y. 1955 pp. 156167.
- FREUD, Sigmund (1905 (1901)): Fragment of an analysis of a case of hysteria. The Standard Edition. Vol. VII pp. 7122. The Hogarth Press London 1953 (ver página 116).
- (1910): Five lectures on psychoanalysis. First lecture. The Standard Edition. Vol. XI. pp. 920. The Hogarth Press. London 1957.
- (1912): The dynamics of transference. The Standard Edition. Vol. XII. pp. 99108. The Hogarth Press. London 1958.
- (1914): On the history of the psychoanalytic movement. The Standard Edition. Vol. XIV pp. 766 (ver página 12). The Hogarth Press. London 1957.
- (1915 (1914)): Observations on transference /ove. En *Further Recommendations on the Technique of Psychoanalysis*. The Standard Edition. Vol. XII. pp. 160168. The Hogarth Press. London 1958.
- (191617: Transference, en *Introductory Lectures : (191517): on Psychoanalysis*. The Standard Edition. Vol. XVI. pp. 431447. The Hogarth Press. London 1963.
- (1920): Beyond the pleasure principie. The Standard Edition. Vol. XVIII. pp. 764. The Hogarth Press. London 1955.
- (1921): Group psychology and the analysis of the ego. The Standard Edition. Vol. XVIII. pp. 69 143. *Ibid.*
- (1925 (1924)): An autobiographical study. The Standard Edition. Vol. XX. pp. 774. The Hogarth Press. London 1959.
- (1940 (1938)): An outline of psychoanalysis. The Standard Edition. Vol. XXIII. pp. 144207. The Hogarth Press. London 1964.
- FROMM, Erich (1941): *Miedo a la libertad*. Editorial Paidós. Buenos Aires. Tercera Edición. 1957.
- (1947): *Ética y psicoanálisis*. Fondo de Cultura Económica. México. Quinta Edición 1965.
- (1962): *Más allá de las cadenas de la ilusión*. Herrero Hermanos, Sucs., S.A. México 1964.
- KELIN, George S. (1976): *Psychoanalytic theory*. Intemational Universities Press Inc. N.Y. KRIS, Mariana (1944): *Child analysis en Psychoana/ ysis Today* editado por Sandor Lorand. Intemational Universities Press Inc. N.Y.
- LAING, Ronald D. (1969): *El cuestionamiento de la familia*. Editorial Paidós. Buenos Aires 1972.
- MACALPINE, Ida (1950): The development of the transference. *The Psychoanalytic Quarterly*. Vol. XIX. No. 5. pp. 501536.

SILVERBERG, William V. (1948): The concept of transference. The Psychoanalytic Quarterly. Vol. XVII. N° 3 pp. 303321.

WINNICOTT, D.W. (1965): The maturational process and the facilitating environment. The Hogarth Press. London. Third Impression 1976.

**Copyright © 1983 and 2009 by Dr. Jorge Silva García, Joaquin Romo 171, Tlalpan, México, 22 D.F. 14260 / México; EMail: jsilvag82@prodigy.net.mx**

**[http://www.erichfromm.de/biophil/joomla/images/stories/pdfDateien/Silva\\_Garcia\\_J\\_1983a.pdf](http://www.erichfromm.de/biophil/joomla/images/stories/pdfDateien/Silva_Garcia_J_1983a.pdf)**

Instituto de Desarrollo Psicológico. INDEPSI. LTDA.

ALSF-CHILE